

y á escepcion de las cicatrices de las heridas, con la faz alegre y risueña.

§ XLII.

S. BASILIO SACERDOTE

1. San Basilio era sacerdote de la ciudad de Ancira, en la Galacia, y en tiempo del emperador Constancio, defendió con firmeza la divinidad del Verbo contra los Arrianos, y así retrajo á muchas personas de aquella heregía. Muerto Constancio, le sucedió en el imperio el apóstata Juliano, el cual se empeñó en restablecer la idolatría, que estaba ya casi aniquilada. Entonces S. Basilio se opuso con todas sus fuerzas contra semejante impiedad, corriendo por todos los puntos de Ancira, exhortando las gentes á que huyesen de aquel error y despreciasen las promesas de Juliano, y añadiendo que el impío presto seria abatido. Con esto se concitó el odio de los idólatras que se unieron á los Arrianos para perseguirle; pero él intrépido en defender la fé de Jesucristo, viendo un dia ciertos gentiles que sacrificaban á los dioses, gritando y gimiendo rogó á Dios que confundiese aquellos pérfidos para que no pudieran seducir á ningun cristiano.

2. Oyendo los idólatras aquella súplica se enfurecieron contra él, y uno de ellos llamado Macario, le puso las manos sobre y le dijo: — ¿Y quien eres tú para turbar el pueblo y destruir el culto de los dioses? — No soy yo, respondió Basilio, sino el Dios del cielo, que con su virtud invisible destruirá vuestra falsa religion. — Mas furiosos aun aquellos idólatras le pren-

dieron y presentaron á Saturnino, gobernador de la provincia, diciendo: — Este hombre seduce al pueblo, y ha amenazado echar por tierra los altares de nuestros dioses. — Y Saturnino, dirigiéndosele, le preguntó: — ¿Quien eres que tanta osadía demuestras? — Respondió Basilio: — Yo soy cristiano, y esta es mi mayor gloria. — Si pues eres cristiano, replicó Saturnino, porqué no obras como cristiano? Y Basilio: — Razon teneis, un cristiano debe mostrarse tal en todas sus obras. — Saturnino, mudando de especie, continuó: — ¿Cómo sublevas la gente y blasfemas contra el emperador, en clase de secuaz de una religion falsa? — Y Basilio: — Yo no blasfemo contra el emperador ni contra su religion; lo que digo es que en el cielo hay un Señor á quien los cristianos reconocen por su único Dios, y puede destruir en un momento vuestro mentido culto. — Entonces le preguntó Saturnino, que podia decir contra la religion del emperador? Basilio iba á responder, pero Saturnino le interrumpió diciendo: — Sin necesidad de tantas palabras, se ha de obedecer al emperador. — Y Basilio: — Hasta ahora no he faltado en obedecer al emperador del cielo. — Saturnino: — ¿Quien es este emperador del cielo? — Y Basilio: — El que tiene en el cielo su inmortal morada, y lo ve todo, cuando vuestro emperador solo manda aquí en la tierra, y es un hombre como los demas, que está para comparecer luego en manos del monarca supremo.

3. Irritado el gobernador con aquella respuesta, mandó que Basilio fuese colgado en el aire, y que se le dilacerasen los costados. Puesto S. Basilio en aquel tormento, daba gracias por ello á Dios, y preguntándole Saturnino si desistia, dijo: — Toda mi confianza he

puesto en aquel que es mi verdadero rey, y nada hay que pueda moverme. Viendo el tirano que los verdugos se fatigaban ya de atormentarle, mandó que Basilio fuese llevado á la cárcel. Por el camino, un mal cristiano llamado Felix, le aconsejaba que obedeciese al emperador : — Quitá allá, impío, respondió Basilio : estando tú envuelto en las tinieblas del pecado, ¿ cómo puedes conocer la verdad?

4. Estaba entonces el emperador Juliano en Pesinunta, para realzar la veneracion hácia la diosa Cibeles, creida madre de los dioses. Allí Saturnino le habló de Basilio, y conociendo el apóstata que Basilio era un hombre de mucho crédito, mandó otros dos apóstatas, Elpidio y Pagasio, á Ancira, para ver si podrian ganar á Basilio. Cuando Pagasio fué á hablarle en la prision, el Santo, acriminándole su conducta, le dijo : — ¡ Traidor ! ¿ cómo has renunciado á Jesucristo y á tu eterna salud ? ¿ Cómo, despues de haber sido lavado en las aguas del bautismo, te manchas ahora con la impura idolatría ? ¿ Cómo, despues de haber comido la carne de Jesucristo, estás ahora sentado en la mesa del demonio ? Eras maestro de la verdad, y ahora te has hecho maestro de perdicion ; y así has venido á perder el tesoro de tu alma. ¿ Qué harás, desdichado, cuando venga Dios á juzgarte ? Y dirigiéndose despues á Dios : — Señor, dijo, dignaos libramme de los lazos del demonio. — Confundido entonces Pagasio lo refirió todo á Elpidio, y entrambos lo refirieron al gobernador, el cual hizo poner de nuevo á Basilio en el ecúleo ; pero el Santo puesto en el ecúleo exclamaba : — ¡ Impío ! hacer puedes cuanto quieras, que yo no mudaré jamás de sentir, mientras Jesucristo me asista y me conforte.

5. Llegó despues á Ancira el emperador, el cual habiendo hecho comparecer á Basilio, le preguntó su nombre, y respondió el Santo : — Yo me llamo cristiano : este es mi primer nombre, los hombres me llaman Basilio. Y si yo conservo el nombre de Jesucristo sin mancha, recibiré de Jesucristo en el día del juicio una gloria inmortal. — Interrumpióle Juliano, diciendo : — ¡ Ah ! no quieras hacerte ilusion. ¿ Tú crees en aquel que murió sentenciado por Poncio Pilato ? — Respondió Basilio : — Nó, emperador, yo no me hago ilusion ; vos sí que os engañais, pues con vuestra apostasia habeis renunciado al paraiso. Yo creo en Jesucristo, de quien habeis renegado ; cuando él es quien os ha colocado en este trono, del cual otro presto os arrojara á fin de que reconozcais el poder de aquel Dios á quien habeis despreciado. — Replicó Juliano : — Tú deliras, ó estás loco : no será como tú deseas. — Y Basilio añadió con heróica intrepidez : — Vos os habeis olvidado de Jesucristo, y Jesucristo no se acordará mas de vos. Él, que es el supremo monarca de todo, os despojará de la autoridad que teneis, os hará vomitar el alma entre acerbos dolores, y vuestro cuerpo quedará insepulto. — Y no tardó en verificarse este pronuncio.

6. A estas palabras pateando Juliano de coraje prorumpió así : — Yo habia pensado dejarte andar libre, pero habiéndote atrevido á perderme el respeto hasta injuriarme, mando que cada día se te corten de tu cuerpo siete pedazos de carne. — Al punto el bárbaro decreto fué puesto en ejecucion por el conde Frumentino á quien se confió. El Santo lo sufría todo con el emperador. Creyó el conde que Basilio, vencido al fin

por el dolor, queria al fin rendirse y sacrificar á los dioses; y dió parte de ello á Juliano, el cual mandó que le fuese presentado el Santo en el templo de Esculapio. Estando Basilio en el templo, dijo al emperador que se hallaba allí presente: Decidme, señor, ¿donde están los adivinos que suelen estar á vuestro lado? ¿No os han predicho estos el motivo por el cual he venido delante de vos? — Respondió Juliano: — Creo que ya habrás recobrado el juicio, y quieres venerar la magestad de los dioses. — Replicó Basilio: — Nó, pues yo he venido para haceros entender que vuestros dioses no son sino estatuas ciegas y sordas, que llevan al infierno á sus adoradores. Para mí la muerte es una ganancia, pues Jesucristo es mi vida y mi fortaleza: en él creo, y por su amor padezco de muy buen grado.

7. Cuanta fué la gloria de S. Basilio entre los cristianos con tal confesion y firmeza, tanto mayor fué la rabia de Frumentino al verse burlado en su esperanza; por lo que, mandó á los verdugos que tomando á Basilio, le destrozasen las carnes con instrumentos de hierro hasta descubrirle los huesos y hasta las entrañas. Y el Santo al mismo tiempo, dirigiéndose á Dios, decia: — Bendito seais, Señor, que dais fortaleza á los débiles que en vos esperan. ¡Ah! volved hácia mí vuestros ojos, y hacedme la gracia que complete fielmente mi sacrificio, y me haga digno de vuestro eterno reino. — El emperador al dia siguiente partió de Ancira, sin haber permitido que Frumentino pareciese á su presencia, el cual, haciéndose de nuevo presentar á Basilio, le dijo: — ¡O hombre, el mas estúpido entre todos los hombres! ¿quieres sujetarte al emperador, ó acabar tus dias miserablemente entre tormentos? — Y respon-

dió Basilio: — ¿Ya no os acordais del estado á que ayer redujisteis mi cuerpo, que arrancaba lágrimas á cuantos le miraban por el horrible destrozo que en él hicisteis? Pues ahora Jesucristo ha querido volverle sano, como estais viendo. Hacedlo saber á vuestro emperador, para que comprenda el poder de aquel Dios á quien él ha dejado, para hacerse esclavo del demonio: mas Dios le abandonará tambien y le hará morir en su tiranía. — Replicó Frumentino: — ¡Loco! tú estás delirando; pero si no sacrificas, te haré horadar todo el cuerpo con puntas de hierro ardiente, hasta las entrañas. — Y dijo el Santo: — No me han causado el menor miedo, como tú sabes, las amenazas del emperador, y ¿piensas que puedan espantarme las tuyas?

8. Por mas que veía Frumentino que los tormentos eran impotentes para vencer á Basilio, con todo, hacia encandecer aquellas puntas de hierro, y se las metian en la espalda. Y mientras sufría el Santo la acerbidad de este último tormento, vuelto á Dios, decia: — Os agradezco, Señor, que hayais salvado mi alma del infierno. Conservad en mí vuestro espíritu, para que, superados los tormentos, acabe yo mi vida, y entre en la herencia del eterno reposo, por las promesas que nos hizo Jesucristo, por cuyos méritos os ruego que recibais en paz mi alma, confesando hasta el último aliento vuestro nombre, que vivís en los siglos de los siglos. Así sea. — Y acabada esta oracion, el Santo, como rendido á un dulce sueño, en medio de aquellas puntas ardientes que le traspasaban, exhaló plácidamente su bendita alma, á 28 de junio del año 362. Las actas de su martirio se hallan en la coleccion de Ruinart.

§ XLIII.

S. POTINO, SANTA BLANDINA Y OTROS MARTIRES DE LION.

1. Mientras el emperador Marco Aurelio estaba haciendo la guerra en la Germania á los Quados y á otros pueblos, temia ver morir de sed á todo su ejército; mas como entre sus tropas hubiese algunos soldados cristianos, se pusieron estos en oracion, y cayó abundante lluvia que apagó la sed de todo el ejército. Y como al mismo tiempo los enemigos atacaban á los romanos, cayeron muchos rayos que uniéndose con el granizo, pusieron en desórden al ejército enemigo y le obligaron á tomar la fuga. Reconociendo el emperador que este milagro se habia verificado por el poder del Dios de los cristianos, en el año 194 prohibió bajo pena de muerte el que los acusasen por causa de su religion. Mas al cabo de tres años, por el tumulto que metieron los idólatras, volvió á encenderse la persecucion contra los cristianos, de modo que estos no se atrevian á parecer en público. Esto sucedió principalmente en Lion, Viena y paises circunvecinos.

2. Pero cuanto mas perseguidos eran los fieles, tanto mas se sentian confortados de Dios para sufrir con paciencia los infames tratamientos que recibian del pueblo y de los magistrados. Fueron pues presos, y llevados ante el presidente, el cual empezó á tratarlos con crueldad. Presentose entonces en el tribunal un jóven de ilustre familia llamado Vezio Epagato, el cual, lleno del espíritu de Dios, le dijo con valor que los cristianos

no eran reos de delito alguno, y así, que se les afligia injustamente. El presidente, que era pagano, le preguntó quien era, y él respondió: — Yo soy cristiano. — Y mandó el gobernador que todos los cristianos en Lion y en Viena fuesen encarcelados. Entonces se decidieron algunos á acusarles que en sus asambleas comen las mas execrables impurezas, y que se comian á los niños. Lo cual dió márgen á los magistrados para que restableciesen los tormentos mas atroces, á fin de que los fieles confesasen estos delitos y abandonasen la fé de Jesucristo. Entre otros pusieron en el tormento á un cierto diácono llamado Santo, el cual, siendo preguntado ni quiso decir su nombre, ni su patria y no respondia sino: — Yo soy cristiano. — Con planchas de metal incandecente, le iban quemando las partes mas sensibles de su cuerpo, pero por mas que este fuese al fin una llaga de pies á cabeza, vigorizado por la gracia divina se mantuvo siempre firme en la fé. Y cuando estaba ya encorvado y desfigurado á fuerza de tormentos, le volvieron á la prision. Pocos dias despues volvieron á atormentarle; pero su misma crueldad hizo que los segundos tormentos sirviesen de remedio á los primeros, de suerte que se encontró perfectamente sano.

3. En esta persecucion muchos renegaron infelizmente de Jesucristo, y entre ellos una muger llamada Bibliada. Esta fué muchas veces puesta en el tormento para que declarase los delitos de que se acusaba á los cristianos; pero en medio de los tormentos entró en sí misma, y por los dolores que allí sufría indujo cuan insufribles serian las penas que habria de sufrir en el infierno si moria en pecado, como se hallaba entonces.

Y así, en vez de acusar á los cristianos, respondió : — ¿Y cómo es posible que aquellos que se abstienen de comer carne de animales, quieran alimentarse de sus propios hijos? — Y entonces Bibliada les protestó que era cristiana, y que como tal queria morir, y entró otra vez en el consorcio con los otros mártires.

4. Vivía aun en aquel tiempo el obispo de Lion S. Potino de 90 años de edad, tan débil ya de fuerzas que podia apenas respirar. Mas cuanta mas grande era su debilidad, tanto mayor era su deseo de dar la vida por Jesucristo, y unir su sangre con la de tantas ovejas suyas que veía derramar. Y así, conducido en brazos de los soldados delante el presidente, le preguntó este quien era el Dios de los cristianos : respondió el Santo : — Si fueseis digno, le conocerais. — Al oír tal respuesta, los idólatras se echaron sobre él como perros rabiosos, golpeándole atrozmente con las manos y con los pies, por manera que, conducido despues á la prision, al cabo de dos dias espiró el santo anciano por las heridas que habia sufrido.

5. Las cárceles estaban llenas de cristianos, á quienes se hacia sufrir todo género de padecimientos. Mas entonces se conoció la diferencia entre los que se habian preparado al combate con una vida santa y mortificada, y los que se habian relajado con la tibieza y con los deleites de la vida; pues los primeros fueron constantes en confesar á Jesucristo, y estaban alegres y contentos; mas los segundos abandonaron cobardemente la fé, y remordidos por su conciencia, parecian tristes y confusos, viéndose objeto de burla de los mismos gentiles. Muchos de aquellos cristianos fieles murieron en las cárceles, oprimidos por la

humedad, la hediondez, el hambre y otros padecimientos. Otros empero quedaron reservados para morir en los tormentos, entre los cuales fueron Maturo y Santo, quienes, á mas de los otros padecimientos, á instancias del pueblo idólatra fueron forzados á sentarse en una silla de hierro ardiente, crueldad mayor que la que podia inventar la ferocidad de los mismos demonios. El hedor que despedia la carne abrasada de los pacientes, era insoportable á los mismos ejecutores, los cuales, al fin, los degollaron, y así aquellos dos santos obtuvieron la victoria de su mismo martirio.

6. El pueblo instó en seguida que fuese ajusticiado Atalo de Pérgamo, que era de todos conocido por buen cristiano. Pero al saber el presidente que era ciudadano romano, le mandó á la cárcel, para esperar la decision del emperador. Hallábase entonces en Lion un cristiano llamado Alejandro Médico, oriundo de la Frigia, el cual, delante del presidente, preguntaba á los fieles, y les hacia señas con la cabeza y con los ojos para exhortarles á tenerse fuertes en la fé. De esto le acusaron los paganos al presidente, y oyendo este de sus mismos labios que era cristiano, le mandó á la cárcel, y el dia siguiente le condenó junto con Atalo y otros mártires á las fieras; y todos al fin perecieron bajo la cuchilla del verdugo.

7. Despues se pasó á terminar el martirio de santa Blandina, que merece una especial mencion. Santa Blandina era esclava, niña y de salud muy débil, de modo que su señora, siendo muy buena cristiana, temía mucho que aquella niña no pudiese resistir los tormentos, y renegase de la fé. Pero Blandina á nadie cedía en intrepidez y firmeza para sufrir los tormentos con que

fué afligida. Los verdugos se fatigaron durante todo un dia en atormentarla unos tras otros, y se asombraban de que una niña tan delicada y enfermiza pudiese aun vivir despues de tantos tormentos, pues primero la azotaron cruelmente, desgarrándole las carnes hasta las entrañas; y despues la quemaron, haciéndola sentar en la silla de fuego, en cuyos horribles martirios no decia sino : — Cristiana soy, y entre los cristianos se ignora el nombre de pecado. — Encerráronla despues dentro una red, y la espusieron á un toro feroz que por largo tiempo la iba levantando por los aires. Al fin la santa heroína fué degollada como una víctima, confesando los mismos paganos no haber visto muger que padeciese tan atroces suplicios con tanta constancia. Los cuerpos de todos estos santos mártires fueron quemados, y sus cenizas arrojadas al Ródano. Su historia fué escrita despues por los fieles de las iglesias de Lion y de Viena, los cuales fueron testigos y hasta compañeros de sus padecimientos. La fortaleza de estos mártires en sufrir tormentos tan acerbos y tan crueles con tanta constancia, manifiesta que las almas que de veras aman á Jesucristo y que se han dado todas á él, vencen con su gracia todos los tormentos que pueden padecerse en esta vida.

§ XLIV.

SANTA EULALIA DE BARCELONA (1).

1. Aunque algunos críticos hayan puesto en duda, de

(1) La historia del martirio de esta Santa es añadida por el traductor D. Joaquín Roca y Cornet.

si la santa vírgen Eulalia que celebra como patrona suya la capital de Cataluña, era diferente de la santa que con el mismo nombre se venera en Mérida; con todo, á pesar de ser coetaneas y de la coincidencia de muchas de las circunstancias de su edad, vida y martirios, debemos reconocer dos santas distintas la una de la otra; y sin entrar ahora en discusiones críticas que no son de nuestro objeto, bástenos saber que la Iglesia las venera á entrambas, y celebra la memoria de su glorioso martirio.

2 Santa Eulalia pues fué natural de Barcelona, nacida de padres ilustres y educada en la religion cristiana. Apenas llegó á la tierna edad de catorce años, como animada por una inspiracion divina, ardió ya en un ardentísimo deseo de dar la vida por la fé, y resolvió ofrecerse espontáneamente para el martirio al presidente Daciano, que entonces realizaba en Barcelona la cruel persecucion contra los cristianos. Y habitando en una casa de campo á tres millas de Barcelona, sin saberlo sus padres y domésticos, huyó ocultamente de su casa para venir á la ciudad, y entrando en la casa del pretor, presentóse ante el presidente y con un despejo y firmeza superior á sus años y á su sexo, le dijo en alta voz : — ¿Porqué te atreves, Daciano, á derramar tan injustamente la sangre de los cristianos, y obligarlos á que adoren á las falsas deidades? Uno es el solo y verdadero Dios, omnipotente, Criador y Señor de todas las cosas, y á quien los emperadores Diocleciano, Maximiano y tú y todos los hombres tienen obligacion de adorar. ¿Cómo pues siendo hombre no temes ofender al Dios vivo y omnipotente? ¿Y cómo procuras pervertir á los cristianos para que dejen el verdadero Dios y den culto á

los falsos simulacros de los demonios, forjados por manos de los hombres? — Turbado Daciano por valor tan inaudito, le respondió: — ¿Y quien eres tú que, hollando la majestad imperial y el respeto debido á sus ministros, así te atreves á proferir en público tales palabras? — Al cual replicó la tierna niña: — Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, hijo de Dios Padre y de la Virgen María, único Rey de reyes y Señor de señores, á quien debe adorarse como Dios, y no á los impostores ídolos.

3. Deslumbrado el tirano, y mas obcecado por la luz radiante de esta gloriosa confesion de fé, sintió crecer en su ímpio seno la rabia contra los cristianos por la indignacion que le causaba aquella tierna vírgen: y por de pronto mandó que atada la azotasen bárbaramente. Y como la tierna vírgen sufriese este tormento con firmeza y alegre rostro, asombrándose los circunstantes, mas irritado Daciano sació su rabia de fiera descargando sobre la inocente niña todo género de tormentos. Desgarráronle á Eulalia las carnes puesta en un ecúleo, con la mayor ferocidad, acabándolas de destrozar por todo su cuerpo con uñas de hierro. Aplicándole despues á su virginal seno y costados hachas ardientes, la abrasaron, derramando aceite hirviendo sobre su llagado cuerpo, que untado, estendieron y revolcaron sobre cal viva, para que con el ardor de la cal se atormentasen atrocmente sus mas íntimas entrañas. Derramaron tambien sobre el cuerpo de la vírgen plomo derritido, frotando furiosos todo su cuerpo con ásperos y agudos pedazos de barro. Y para que no quedase sentido alguno sin su dolor, introdujeron por sus narices vinagre mezclado con mostaza, y con cirios encendidos quemaron

los ojos de la casta vírgen. Agótase la ingeniosa crueldad del tirano, apura sus tretas infernales, pero no consigue doblar la prodigiosa firmeza de la sierva de Dios. Cuanto mas crece la atrocidad del que atormenta, mas crecen la constancia, la fortaleza y la gracia de la esposa de Jesucristo. En medio de los tormentos Eulalia eleva á Dios su pura y ferviente plegaria, y le tributa mil acciones de gracias; y mientras los verdugos se fatigan en atormentar, ella, superior á la afliccion y á la molestia, permanece tranquila, y acrecienta su intrepidez.

4. Nada esperaba ya Daciano conseguir con los tormentos. Su vil obstinacion apela perfidamente á la ignominia, á la infamia, para ver si de este modo puede triunfar de ella. Manda pues que la casta y verecunda vírgen, desnuda, quemada, desgarrada, cubierto su desfigurado cuerpo de aceite, de cal y de sangre sea espuesta á los ojos de todos, y paseada públicamente por las calles y plazas de la ciudad. ¡O acerbo y cruel espectáculo! Mas aquel Dios que viste á los animales de la tierra y á las aves del cielo, cubrió á su esposa Eulalia de un maravilloso ropaje. Cayeron del cielo copos de nieve, cubriendo maravillosamente el cuerpo de la sagrada vírgen, sirviéndole á un tiempo de refrigerio á sus ardores, y de cándido ornamento á su glorioso triunfo. ¡Cuan bella y admirable apareció entonces la cándida esposa de Jesucristo, llevando do quiera sobre su cuerpo los trofeos de su victoria! Bramaba de cólera Daciano, viendo inflexible el ánimo de la vírgen, y desesperado ya de vencer mandó crucificarla. Mas pendiente de la cruz rebozaba su alma en celeste júbilo, viéndose clavada allí á semejanza de Jesucristo, y no

dejando de glorificar á Dios con admiracion de todos. Por fin, por orden del presidente, en 12 de febrero rindió su cabeza bajo la segur, y ornada con la doble corona de la virginidad y del martirio voló su alma pura como una paloma, á gozar en el cielo de su triunfo, mientras que los cristianos dieron honorífica sepultura á su cuerpo fuera de las murallas de Barcelona.

5. Consta de las antiguas Crónicas que en el año de 989 se daba ya culto á santa Eulalia en un templo estramuros de Barcelona por la parte de Levante, que antes habia estado dedicado por los gentiles á Venus, diosa de la prostitucion. Esta iglesia se llamaba de santa Eulalia del campo, y está tan distante de ser esta santa Eulalia de Barcelona la misma que se conoció despues por santa Eulalia de Mérida ó Emeritense, que, segun observa muy juiciosamente el célebre cronista Pujades en el lib. 44, cap. 48 de su Crónica universal del Principado de Cataluña, consta que de santa Eulalia de Mérida en esta provincia Tarraconense no se tuvo noticia clara hasta que cierto conde de Rosellon (cuyo nombre se ignora), cerca los años de 1010, conforme quiere el P. Domenech, trajo sus santas reliquias en la ciudad de Helna. Las de santa Eulalia de Barcelona fueron despues trasladadas á su catedral, en donde se veneran en una capilla magnífica debajo de su altar mayor, lugar en donde en las antiguas basílicas solian venerarse los cuerpos de los mártires.

§ XLV.

S. ALBANO Y OTROS MARTIRÈS.

*Siendo breves pero bellos y notables los siguientes relatos de algunos Mártires, se continuan en un mismo párrafo.*

I. DE S. ALBANO.

1. Albano era ingles y pagano de religion, pero mientras ardía la persecucion del emperador Diocleciano, tuvo la buena suerte de recoger en su casa á un buen eclesiástico, que huía de sus perseguidores. Observando Albano la santa vida de su huésped, que estaba cuasi siempre en oracion, era parco en la comida, humilde, manso, y sabiendo que era cristiano, le rogó que le instruyese en su ley. Él entonces le hizo conocer la extravagancia de la idolatría, y la verdad de la ley de Jesucristo, y Albano, iluminado por la gracia, abrazó la fé de Jesucristo.

2. Súpose despues que aquel eclesiástico, á quien buscaban sus enemigos, estaba en casa de Albano, y al momento el gobernador mandó prenderle; mas al venir los soldados, Albano le hizo salir secretamente de casa, y poniéndose sus vestidos se presentó al gobernador, que á la sazón estaba ofreciendo un sacrificio á sus dioses, y viendo á Albano vestido de aquel modo, y sabiendo que se habia hecho cristiano, le amenazó que si no dejaba aquella religion le haria sufrir los mismos tormentos que tenia preparados á aquel cuyos vestidos lle-